



## La sección folletín de la prensa chilena de mediados de siglo XIX: espacio privilegiado para la crónica<sup>1</sup>

Marina Alvarado Cornejo<sup>2</sup>

Recibido: 12 de diciembre de 2018 / Aceptado: 30 de mayo de 2019

**Resumen.** La sección folletín de la prensa chilena difundida a partir de la segunda mitad del siglo XIX, fue el espacio discursivo dentro del cual se publicaron los textos correspondientes a los antecedentes de lo que, a fines del siglo XIX, se conocería como crónica modernista. La motivación de este trabajo radica en la ausencia de estudios que aborden la antesala de la crónica finisecular durante el siglo XIX, por lo que solo es factible encontrar investigaciones que aborden la crónica de Indias y se salten hasta modernista. En vista de este vacío, la hipótesis de este artículo señala que los textos publicados en la sección folletín a partir de 1842, constituyen la pieza clave para comprender el surgimiento de la crónica modernista en Chile, al modo como la entienden J. Ramos (2003), S. Rotker (2005), A. Mateo (2009) y C. Ossandón (1998). El corpus de análisis se concentra en los periódicos chilenos *El Progreso* (1842), *El Huasquino* (1856), *La Actualidad* (1858) y *La Brisa de Chile* (1875). La metodología de análisis se organiza siguiendo la propuesta histórica de análisis de discurso de Michel Foucault (2007), y de Dominique Maingueneau (2007) sobre la enunciación. La novedad de esta investigación radica en que se analiza el material no narrativo o novelesco de la sección folletín, el cual demuestra un énfasis en el sujeto que enuncia y en el sentimiento de ruptura de la época. Las conclusiones indican que los materiales no narrativos de la sección folletín muestran con claridad la crisis, la caída de las instituciones y la reorganización societal, dando como resultado discursos en fuga que intentan explicarse el *status quo* de los últimos cincuenta años del 1800, elementos que se condensarán en la crónica modernista.

**Palabras clave:** Folletín; crónica; crónica modernista; siglo XIX; periódicos chilenos.

### [en] The serial sagas section in the Chilean Press in the mid XIX century: a privileged space for the chronicle

**Abstract.** The serial saga section of the Chilean press, published since the second half of the 19th century, was a discursive space within which texts corresponding to the background of what became known as the modernist chronicle by the end of the 19th century. The motivation of this study lies in the absence of studies regarding this turn-of-the-century chronicle. It is therefore only feasible to

<sup>1</sup> Este artículo forma parte de los siguientes proyectos de investigación: FONDECYT Regular N° 1170993, titulado "Almanaques seculares chilenos (1850- 1930): el origen desconocido del magazin en Chile" del cual la autora es investigadora responsable; FONDECYT Regular N° 1160027, titulado "Escrituras del mal: trazos narrativos de lo fantástico en la crónica latinoamericana contemporánea", del cual la autora es co-investigadora; FONDECYT Regular N° 1160222, titulado "Literatura y periodismo: corresponsales de guerra y columnistas de guerra chilenos (1879-1945)", del cual la autora es co- investigadora.

<sup>2</sup> Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile (Chile)  
E-mail: malvarado@ucsh.cl

analyze research that addresses the chronicle of the Indias and skip to modernist ones. In light of this absence, the hypothesis of this article indicates that texts that were published in the serial saga section since 1842 are the key to understanding the emergence of the modernist chronicle in Chile, as understood by J. Ramos (2003), S. Rotker (2005), A. Mateo (2009) and C. Ossandón (1998). The body of the analysis is concentrated in the Chilean newspapers *El Progreso* (1842), *El Huasquino* (1856), *La Actualidad* (1858) and *La Brisa de Chile* (1875). The methodology of analysis is organized following the proposal of Michel Foucault (2007) on discourse and Dominique Maingueneau (2007) on enunciation. The novelty of this research is the analysis of the non-narrative or fictional material of the serial saga section, which demonstrates an emphasis on the subject that enunciates and the feeling of rupture at the time. The conclusions indicate that the non-narrative materials of the serial saga section clearly demonstrate the crisis, the collapse of institutions and societal reorganization, resulting in fugitive discourse that attempts to explain the *status quo* of the last fifty years of the 1800s, elements that are condensed in the modernist chronicle.

**Keywords:** Serial saga; chronicle; modernist chronicle; XIX century; Chilean newspapers.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. La crónica en el siglo XIX. 3. La crónica en el folletín. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas; 5.1. Fuentes primarias; 5.2. Bibliografía crítica.

**Cómo citar:** Alvarado Cornejo, Marina (2019): "La sección folletín de la prensa chilena de mediados de siglo XIX: espacio privilegiado para la crónica". *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 25(3), 1275-1292.

## 1. Introducción

La controversia que genera la crónica, precisamente por tratarse de un género difícil de abordar e inclasificable entre los intentos permanentes por saldar la polémica sobre si se trata de periodismo o de literatura, no es la única dificultad que los/las investigadores/as encuentran al momento de estudiarla. Dos opiniones de especialistas en el tema así lo corroboran. En primer lugar, Juan Villoro, escritor mexicano, caracterizó del siguiente modo a la crónica:

[...] la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate [...] De acuerdo con el dios al que se debe, la crónica trata de sucesos en el tiempo. Al absorber recursos de la narrativa, la crónica no pretende 'liberarse' de los hechos sino hacerlos verosímiles a través de un simulacro, recuperarlos como si volvieran a suceder con detallada intensidad. (en línea)

A esta aproximación sobre la crónica centrada en destacar la hibridez de este género, destaca también la propuesta de Patricia Poblete (2014) en relación a la crónica en Chile:

El segundo aspecto relevante de la crónica chilena contemporánea es el cultivo de una relación paródica con la tradición cronística y con su función de 'espejo

de la realidad'. La hibridez genérica es utilizada en muchos casos para aludir a una modalidad textual degradada o en desuso, a la cual se vincula una ideología caduca. (1169)

Los estudios actuales sobre crónica que reconstruyen el trayecto histórico del género, se concentran en su producción bajo el contexto de las empresas de conquista (crónica de Indias), para luego dar un salto, no siempre justificado, hasta la crónica modernista. Si bien se encuentran escasas menciones sobre cronistas del siglo XIX, éstas no pasan de ser comentarios que los muestran como sucesos aislados y sin ningún tipo de repercusión en el contundente y abundante acervo cronístico alcanzado bajo el período marcado por el Modernismo en Chile (últimos 10 años del siglo XIX), el cual, según Octavio Paz (1990), “fue la respuesta al positivismo, la crítica de la sensibilidad y el corazón- también de los nervios- al empirismo y al cientismo positivista [...] El modernismo fue nuestro verdadero romanticismo [...]” (128). Es por ello que el problema que motiva este artículo es el vacío observado respecto de la antesala de la crónica finisecular, asunto que, a modo de hipótesis, se resuelve al analizar con detención los textos no novelescos publicados en la sección folletín de los periódicos chilenos a partir de 1842, los cuales dan señales tempranas de fragmentariedad, cuestionamiento, voluntad de estilo, centralidad del sujeto que enuncia y desencanto frente al incipiente proceso de modernidad y modernización<sup>3</sup>. Los escasos trabajos que se detienen en la crónica del XIX, como Carlos Ossandón (1998) y Juan Poblete (2003), centran su estudio únicamente en las secciones de los periódicos tituladas como crónica, sin embargo, dichas columnas difundieron textos colindantes con el comentario social o cuadro de costumbres, lo cual sesga el estudio hacia otro tipo de discursividades fundamentales para el afianzamiento de la crónica modernista como lo fue, según afirmamos, la sección folletín.

La modernidad latinoamericana, de acuerdo a Jorge Larraín (1997): “comienza [...] a principios del siglo XIX, con la Independencia [...] se adoptan ideas liberales, se expande la educación laica, se construye un Estado republicano y se introducen formas democráticas de gobierno, pero todo esto con extraordinarias restricciones de hecho a la participación del pueblo [...] la modernidad latinoamericana durante el siglo XIX fue más política y cultural que económica [...]” (319). Por otra parte, Julio Pinto (2000) reflexiona sobre la modernización:

¿Qué se entenderá, entonces, en este escrito por ‘modernización’? Haciendo pie en las percepciones y condiciones de vida de los actores sociales, se postula, primeramente, que el advenimiento de este proceso supuso una masificación y una profundización de lo que podría denominarse [...] ‘la experiencia del mercado’. En estricto rigor, tal vez sería más correcto hablar de la ‘experiencia del capitalismo’, pues fue en ese orden económico y social el que hizo de las relaciones de mercado el patrón cada vez más universal de conexión e interacción entre los actores tanto colectivos como individuales.” (3)

---

<sup>3</sup> La modernización, de acuerdo a José Bengoa (2018), “es por su propia naturaleza un proceso de ruptura, de desvalorización creciente de todo lo anterior, que queda sometido a la categoría despreciable de tradicional, de viejo, obsoleto, pasado de moda, no moderno” (3).

Más adelante, el mismo autor explica que el modo de ser y hacer de los individuos del siglo XIX cambió, pues de funcionar conforme a creencias y costumbres, dieron paso “al trabajo intensivo, a la racionalidad instrumental, a la especialización de las funciones” (4). Sobre este mismo asunto, Ángel Rama (1994) explica que “el primer segmento de la modernización, que se extiende desde 1870 hasta bien entrada la década siguiente, concedió [...] un papel protagónico a los intelectuales.” (35)

La sección folletín surgió gracias al intelectual argentino Juan Domingo Faustino Sarmiento y el periódico *El Progreso*, de 1842, quien luego de observar los alcances de este apartado en la prensa francesa, decidió innovar en el periodismo local a través de él. Como se ha planteado en trabajos anteriores (Alvarado 2018), pese a que el nombre folletín ha sido concebido como sinónimo de novelas por entrega debido al gran número de obras narrativas publicadas bajo dicha modalidad, también se difundieron otros textos, híbridos, temática y estilísticamente, cuyo eje articulador era el cuestionamiento a las nuevas y modernas circunstancias de los diferentes espacios de la vida social, cultural y política del país.

Si bien los periódicos decimonónicos de la segunda mitad contaban con una sección denominada “crónica”, los tipos de textos allí publicados respondían a revisiones historicistas de eventos bélicos y/o épicos, y no a la revisión o desarrollo de temas contingentes, como sí lo hizo la sección folletín. Prueba de esto es lo explicado por Eduardo Santa Cruz (2011), quien remarca que el verdadero surgimiento de la crónica y de los cronistas en Chile habría sido de la mano de la modernización de la prensa y el advenimiento de los gobiernos liberales a partir de la década del 70. Alfonso Valdebenito (1956) resalta la misma idea:

Los periodistas modernos- redactores, cronistas y reporteros- sólo aparecen como profesionales cuando los diarios se transforman de simples órganos de polémica, de sostenedores y propagandistas de determinadas ideologías políticas o meramente literarios, en el medio de expresión de la noticia y del suceso que ocurre diariamente en el país y en el extranjero. (147)

El mismo autor refrenda, citando a Diego Barros Arana, que “en el año 1845 [...] cada periódico no tenía por esos años más de uno y no había cronistas ni reporteros [...]” (171). Por lo tanto, Santa Cruz y Valdebenito validan la relevancia del problema que en este artículo se pretende resolver respecto de la ausencia de estudio del engranaje cronístico previo al publicado en los últimos años del siglo XIX.

El corpus de trabajo para este artículo contempla los textos de la sección folletín publicados en los periódicos *El Progreso* (1842), *El Huasquino* (1856), *La Brisa de Chile* (1857) y *La Actualidad* (1858). La selección de estos periódicos se debe a la riqueza y diversidad temática y estilística presente en los folletines no novelescos allí difundidos.

Respecto de la metodología para el análisis, se considera abordar los textos partir de la noción de “discurso” y “formaciones discursivas” propuestas por Michel Foucault (2007). Debido a que el propósito del artículo es reconocer la situación de los géneros discursivos que habrían allanado el camino para la crónica finisecular, es que la propuesta del filósofo francés es fundamental en lo que

respecta a la identificación del conjunto de reglas, anónimas e históricas, determinadas por el tiempo y el espacio que permiten desarrollar una arqueología en torno a los textos de dicho período presentes en la sección folletín. El análisis que se propone, evalúa las condiciones históricas de posibilidad que permiten que en un determinado momento estos enunciados sean efectivamente posibles. Por otro lado, esta metodología permite aproximarnos al objeto de estudio teniendo en cuenta que no es permanente, sino que es un saber dinámico, que se transforma, asunto que es fundamental para corroborar la hipótesis de este trabajo, la cual está tras los pasos de la antesala de la crónica modernista finisecular. Lo anterior se concatena, para el análisis, con el abordaje que plantea Dominique Maingueneau (2007) para el estudio de textos de comunicación, específicamente en lo que respecta a la “escena de enunciación”, donde la autora plantea que el modo de presentar el enunciado varía conforme a la “escena” bajo la cual es difundido, en tanto que la posición del enunciado también cambia dependiendo del lugar en donde se legitime, de donde provenga y lo que engendre el discurso, es decir, en la manera en que se manifieste la situación de enunciación.

La novedad de esta investigación radica en que se estudia el material no narrativo o novelesco de la sección folletín, el cual demuestra un énfasis en el sujeto que enuncia y en el sentimiento de ruptura de la época, asuntos que condensa la crónica finisecular, la cual, es estudiada como fenómeno aislado carente de elementos residuales o anticipadores. Además, la propuesta de análisis es novedosa ya que amplía el corpus tradicional de trabajo para la comprensión de los textos cronísticos decimonónicos, hacia un material escasamente explorado como lo es el folletín, lográndose formular una lectura crítica que sobrepasa las nomenclaturas o clasificaciones pre establecidas.

## **2. La crónica en el siglo XIX**

Investigaciones actuales sobre la prensa y los discursos periodísticos del siglo XIX, especialmente sobre crónica, ponen especial hincapié en el influjo de la crónica de Indias, es decir, de aquella producida durante el período de la Conquista y Colonia (siglos XVI al XVIII); y la crónica modernista o finisecular (siglo XIX).

Respecto de la crónica de Indias, Ángeles Mateo (2009) destaca que el género se caracterizó por su heterogeneidad, explicando que es posible distinguir al cronista- soldado, como Pedro de Valdivia (quien procuraba ceñirse a los hechos reales e históricos acaecidos, en orden cronológico, disfrazando elementos ficticios bajo la referencialidad permanente de sucesos reales; estrategia cuyo fin era que el protagonista de la crónica resaltase); el cronista-humanista, como Alonso de Ercilla (aquel sujeto intelectualmente más capacitado e instruido, que utiliza, para la construcción de sus crónicas, elementos referenciales del mundo latino o griego); el cronista historiador- eclesiástico, representado por Fray Bartolomé de las Casas (que busca reivindicar y denunciar las injusticias y maltratos de los conquistadores en contra de los pueblos aborígenes americanos); y el cronista-cosmógrafo, como lo fue Abate Molina y también Alonso de Ovalle (quienes oficiaron de historiadores “oficiales”, escribiendo por encargo).

En la misma línea de Mateo, Jeovanny Moisés Benavides (2015) en su artículo “Origen, evolución y auge del periodismo literario latinoamericano: desde las crónicas de indias y el modernismo hasta las revistas especializadas”, desde el título en adelante recalca lo que se ha explicado respecto de ese salto habitual entre un período y otro, invisibilizando la situación de las escrituras del siglo XIX.

Las recientes antologías de la crónica periodística chilena (2016 y 2017), en sus respectivos prólogos, el del primer tomo a cargo de Gonzalo Peralta (quien además es el antologador), y el del segundo a cargo de Eduardo Santa Cruz, subrayan, en primer lugar, la hibridez discursiva de los textos cronísticos producidos bajo las secciones tituladas como “crónica” de la prensa del XIX, por lo cual se concentran en valorar la producción realizada hasta la Colonia y a partir de las últimas tres décadas del XIX.

A pesar de la diversidad de sujetos escritores de crónicas y de los distintos resultados escriturales que lograron, durante el siglo XIX la crónica habría caído en un espacio de indefinición, el cual, según explica Carlos Ossandón (1998), diluido o bajo la égida del “cuadro de costumbres”, se puede ya encontrar en José Antonio Torres en *El Correo Literario* y de Domingo Arteaga Alemparte. Escrituras mixtas e inestables, a través de las cuales se destaca un progresivo distanciamiento respecto de la “prosa de ideas” de índole iluminista, así como de su figura correlativa.

*La Voz de Chile* (1862-1864), con Isidoro Errázuriz y los hermanos Matta, fue un periódico en el cual se entremezclaron elementos del ensayo político con los de la crónica interpretativa; línea que coexiste con una crónica o nota más informativa, amena y desobjetivada o también llamada “policial”, que se dio, por ejemplo, en *El Ferrocarril* (1855-1911) de Santiago. Esta caracterización del proceso evolutivo de la crónica en la prensa de la segunda parte del 1800, le permite a Ossandón distinguir el momento a partir del cual surgió la figura del “publicista”, que corresponde a aquel sujeto que “consagra la distinción entre los que hacen política (aunque él también la haga) y los que emiten y crean ‘opinión pública’, anclando aquí su identidad más propia. Su espacio de legitimación no es el de la política partidista principalmente, sino el de los hombres ‘libres’ y opinantes” (102).

Juan Poblete (2003), en su preocupación por desentrañar las prácticas lectoras desarrolladas en Chile durante el 1800, aporta que a mediados de siglo se incorporó el placer lector, cuestión que denomina “lectura semi-intensiva”. Dentro de esta clase de lecturas cabría la crónica, cuyo eje era lo “cotidiano nacional” (54), al punto que lograba captar el interés de los lectores del periódico ya que allí “despertaba [...] conocer y explorar mejor y con placer lo conocido” (59).

En los últimos veinte años del siglo XIX, *La Época* (1887) se caracterizó por publicar crónicas, siendo de gran relevancia debido a que tanto en sus páginas como en las reuniones y tertulias que se realizaban en las oficinas de redacción, se aglutinaron los escritores, intelectuales y gestores que impulsaron el modernismo en Chile: Pedro Balmaceda Toro y Rubén Darío, entre los principales. De acuerdo al trabajo de Carlos Ossandón, en *La Época* es posible observar tres tipos de crónicas más o menos combinados. Al primero lo denomina “nota informativa” debido a que responde más al “qué” que al “cómo” de los hechos. El segundo tipo destaca por ser un tipo de crónica que se construye a partir de una noticia y que, a

diferencia del primer tipo, aparece firmada, pese a que mantiene su mismo grado de profundidad. El tercer tipo, finalmente, demuestra un sujeto de la enunciación “publicista”, cuyo estilo fluctúa entre la crónica y el ensayo; entre lo factual y lo lírico; entre el artículo de costumbres y la reseña de la vida de la ciudad; entre la descripción de hechos y los juicios valorativos; entre el referente externo y los estados anímicos del hablante; entre la mayor o menor actualidad del referente; entre la narración “realista” y la “recreativa”; entre un orden secuencial y otro más arbitrario, entre otras varias combinaciones más.

Instalada ya la corriente modernista, es factible pensar, siguiendo a Julio Ramos (2003), en periodismo literario, en donde

Lo significativo de la crónica modernista es que, si bien se manifiesta la dependencia literaria del periódico, constituye, más que una ‘hibridez’ desjerarquizada, un campo de lucha entre diferentes sujetos o autoridades, entre los cuales es enfática- a veces más enfática que en la poesía misma- la tendencia estetizante de la voluntad autonómica. (Ramos, 123)

Ossandón, Benavides, Santa Cruz, Peralta, Ramos y Mateo coinciden en que los inicios de la crónica propiamente tal fueron junto a los modernistas, gracias al comienzo de la profesionalización de los escritores, quienes, ante la ausencia de personas que obraran como mecenas que les incentivaran su labor artística, se vieron enfrentados al trabajo productivo y a buscar empleos que les garantizaran el sustento. Esto se suma a la relevancia que adquirió la prensa en esos años, gracias a la especialización de las técnicas pictográficas, periodísticas y a las exigencias de los mismos públicos lectores. Por lo tanto,

Para poder hablar en el periódico, el literato se ajusta a la exigencia del mismo: informa, incluso asume la información como un objeto privilegiado de su reflexión. Pero al ‘informar’ *sobre-escibe*: escribe *sobre* el periódico, que continuamente lee [mantiene la línea editorial del periódico en el que trabaja], en un acto de palimpsesto, digamos, que a la vez proyecta un trabajo verbal sumamente enfático [...] [la crónica es un lugar heterogéneo, pero no heterónimo...] (Ramos, 146)

En definitiva, las normas estilísticas que impuso la prensa de esta sociedad burguesa finisecular provocaron, según explica Susana Rotker, que los escritores modernistas salieran “del torremarfilismo, matizando la autonomía del discurso literario recién adquirida con la obligación de referir y pensar el acontecer cotidiano. Por eso el estudio de las crónicas [...] abre una de las tantas brechas que compararon al modernismo con la evasión.” (87)

Aníbal González en su trabajo *La Crónica Modernista Hispanoamericana* (1983), explica que estudiar al modernismo implica estudiar, de forma directa, a la crónica, la cual ofrece información clave y precisa sobre el contexto y la estética de la época, por ello es importante investigarla en vínculo con la situación periodística del momento y la demás producción literaria de la época. En palabras de González,

la crónica sirvió de vehículo diseminador de nombres de autores, interpretaciones de obras e ‘ideas estéticas’, y funcionó, en consecuencia, como una suerte de ‘tejido conectivo’ que fomentó la idea del modernismo como un ‘movimiento’ casi unitario a lo largo y ancho de Hispanoamérica; en segundo

lugar, la crónica fue, sin duda alguna, el género más moderno que cultivaron los modernistas, y es en ella donde encontramos delineada con mayor nitidez la problemática filosófica de la temporalidad que es típica de la modernidad y que hace suya el modernismo. (63)

### 3. La crónica en el folletín

Los planteamientos de Michel Foucault desarrollados en *La Arqueología del Saber* (2007), han sido fundamentales tanto para la delimitación de los criterios de selección de los periódicos y los folletines considerados para este artículo, como para la metodología de análisis, debido a que el supuesto que se busca corroborar es que los folletines no novelescos publicados en dicha sección son una “formación discursiva”, debido a que el “saber” específico que desarrollaron, a partir de un “dispositivo” particular, llevó a que derivasen en la crónica finisecular o crónica modernista. Es por ello que interesa acotar, en primer lugar, lo que el filósofo entiende por “saber” y el modo en que éste debe de rastrearse:

lo que se intenta dejar al desnudo en esta *historia arqueológica*, son las prácticas discursivas en la medida en que dan lugar a un saber y que ese saber toma el estatuto y el papel de ciencia. Acometer a ese nivel una historia de las ciencias, no es describir unas formaciones discursivas sin tener cuenta de las estructuras epistemológicas; es mostrar cómo la instauración de una ciencia, y eventualmente su paso a la formalización, puede haber encontrado su posibilidad y su incidencia en una formación discursiva y en las modificaciones de su positividad. (321)

Las razones que fundamentan la elección de folletines desde los periódicos *El Progreso* (1842), *El Huasquino* (1856), *La Actualidad* (1858) y *La Brisa de Chile* (1875), se debe a que éstos son formaciones del “dispositivo” que hemos denominado “advenimiento del intelectual”. Según Foucault, “el enunciado, a la vez que surge de su materialidad, aparece con un estatuto, entra en unas tramas, se sitúa en campos de utilización, se ofrece a traspasos y a modificaciones posibles [...]” (177). Esas tramas corresponden a la red de relaciones que se pueden establecer entre elementos heterogéneos, lo cual corresponde al “dispositivo”, y que es factible de situarlo en un tiempo en un espacio específico.

Respecto del nombre otorgado al “dispositivo” que impulsa el surgimiento de estas “formaciones” (los folletines seleccionados para esta investigación), “advenimiento del intelectual”, es importante aclarar que se debe a que posterior a la década del 40, surgió un nuevo individuo en la esfera pública, política, cultural y social en el país, dejando atrás al sabio, entendido éste último por Carlos Ossandón (1998) como un personaje que concentraba “saber y códigos tendientes a corporizar una ‘razón pública’, el complejo de poder desde el cual se posiciona su identidad” (11). El intelectual será, entonces, “un exiliado, un marginal, un aficionado y, finalmente, el autor de un lenguaje que trata de decirle la verdad al poder” (Dosse 31), idea que Christophe Charle (2000) complementa explicando que:



Los intelectuales en sentido estricto, las grandes figuras creadoras, ocupan una importante posición en este período. Además de lo cual proyectan una imagen sobremanera orgullosa de su propio papel: se presentan a sí mismos como los intérpretes del espíritu de los tiempos, como profetas del futuro, incluso como autonombrados sacerdotes de nuevas religiones (3)

Un espacio textual privilegiado para observar el “advenimiento de los intelectuales” fue la prensa de la época, la cual cambió notoriamente con la creciente figuración pública de jóvenes políticos liberales encabezados por José Victorino Lastarria, quien al unísono de su fervoroso discurso inaugural ante la Sociedad Literaria de Chile, en el cual abogó por la necesidad de una literatura efectivamente nacional y abandono de los modelos exógenos que no hacían más que ahondar el retraso cultural y literario del país, inició su proyecto periodístico titulado *El Semanario de Santiago* (1842), el cual demuestra la superación del modelo periodístico “político” y de “barricada”, como los denomina Carlos Ossandón (1998), para dar paso a un tipo de prensa “raciocinante”. Más adelante, en 1848, Lastarria fundó *La Revista de Santiago*, medio en el cual acentuó más lo ya iniciado en el periódico del 42, ya que allí se ocupó y preocupó de dar cabida a nuevos autores, reviviendo su interés por nacionalizar la cultura y la literatura a través de las publicaciones “El Manifiesto del Diablo” y “Causas de la poca originalidad de la literatura chilena”, entre los más importantes.

A través de estas revistas, además, se conocieron las polémicas y controversias del período, como las ya famosas disputas entre el Clasicismo y el Romanticismo que tuvo por protagonistas a los argentinos Vicente Fidel López y Domingo Faustino Sarmiento y los chilenos Salvador Sanfuentes y José Joaquín Vallejo (Jotabeche); y la Filológica, cuyos principales litigantes fueron Pedro Fernández Garfias, Juan Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello. Las discusiones y desacuerdos públicos, demuestran la aparición de otro elemento clave para este dispositivo denominado “advenimiento del intelectual”: la “opinión pública”, la que, de acuerdo con Jürgen Habermas (2009), está en vínculo con el “espacio público” porque los ciudadanos se comportan como público cuando se reúnen de forma libre, sin coacciones. Según se observa, en ambas polémicas participaron los intelectuales argentinos que migraron al puerto de Valparaíso, huyendo de la dictadura de Juan Manuel de Rosas, más conocido como el “gaucho malo” o “gaucho bárbaro”.

La presencia de los intelectuales trasandinos en Chile también es un elemento constitutivo fundamental de esta red de relaciones que compone a este dispositivo, ya que con las ideas que trajeron, especialmente Juan D. F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, renovaron el panorama local gracias a la incorporación de propuestas periodísticas, estilísticas y filosóficas extraídas desde Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Muestra de esto fue la incorporación de un nuevo formato específico en la prensa: la revista cultural. Lastarria reaccionó rápidamente:

Dos periódicos literarios, en la forma de las revistas europeas y nutridos de artículos serios y originales o traducidos, fundan aquellos emigrados en Valparaíso. Uno de aquéllos era ‘La Revista de Valparaíso’ fundada en febrero de 1842 por Vicente Fidel López, con auxilio de las producciones de Gutiérrez y Alberdi, todos ellos argentinos emigrados. El otro era ‘El Museo de Ambas

Américas’, publicado por Rivadavia y dirigido por el colombiano Juan García del Río [...] (Ct. en Valdebenito 60-61)

Esta nueva prensa, opinante, retórica y controversial, se desarrolló instigada y en rebeldía a la Ley de Imprenta vigente, la de 1846, la cual se caracterizó por ser muy restrictiva, al punto que cualquier desobediencia era sancionada con pena de cárcel. Por lo tanto, este marco legislativo es clave para la construcción del “dispositivo” que se ha venido planteando en este artículo, debido a que de esa serie de normas, penas y amenazas de multas y castigos, la figura del intelectual tomó ese sentido de rebeldía y heroísmo, al cual se aludía anteriormente con Dosse y Charle.

Vistos los hilos de esta trama o del “dispositivo”, cabe referirse a los “objetos del discurso”, los cuales son desarrollados bajo una “instancia de delimitación” que, para este caso, es la prensa periódica. Los objetos que construyen los folletines del análisis, redundan en los beneficios y problemas del proceso de modernidad y modernización, cuestión que no solo se manifiesta en los temas puntuales que abordan (polémicas con periódicos oficialistas del Conservadurismo, cuestionamiento a los roles de género, y perjuicios y beneficios del progreso). En esta misma línea, vale subrayar la “superficie de emergencia” o, como explica Dominique Maingueneau (2009) a través de la “escena de enunciación”, ya que subraya el valor performativo del enunciado y las respuestas que busca obtener de parte de los potenciales lectores. Sobre esto, la autora señala que existe un “marco escénico” que está compuesto de una “escena englobante”, “que corresponde al tipo de discurso” (78), la “escena genérica” o género discursivo, y la “escenografía” o la escena que se construye en el texto para buscar algún efecto en el lector.

Respecto de la “escena englobante” o en este caso, la sección folletín, ésta fue incorporada en *El Progreso* el año 1842. El material difundido por dicho apartado del periódico debía seguir los lineamientos redactados por el director del periódico Juan Domingo Faustino Sarmiento:

Nuestro folletín será para el solaz del espíritu [lo] que los postres son para el regalo del paladar [...] Las modistas parisienses Mlle. O. y Mlle. V. nos instruirán de vez en cuando del género (*sic*) del vestido [...] Las tertulias, los conciertos y reuniones [...] formarán algunas veces el fondo de un folletín [...] Tendrán en este lugar privilegiado, grata y cordial acogida (*sic*) los ensayos literarios de nuestros jóvenes, [...] nos acercaremos el lunes a la Sociedad de Agricultura [...] Otro tanto haremos con la Sociedad Literaria que promete frutos [...] (*El Progreso*, n° 1, 1842, s/d).

Las instrucciones de Sarmiento respecto de lo que implica la sección folletín, entregan las claves para saber escribir y leer esta “escena englobante” o, en otras palabras, desde qué sitio el escritor y el lector se deben posicionar para interpretarlo, y en función de qué finalidad se organiza. Por lo tanto, los lectores de la sección se encuentran con una doble misión: primero, desentrañar que se trata de una “escena englobante” periodística; segundo, reconocer el género discursivo particular, que para el caso de los folletines sería: un enunciador especialista en un tema que inspirado por la necesidad y la novedad va a desarrollar un determinado

tema. Sobre esto, vale la pena aclarar que Sarmiento buscaba emular los modelos periodísticos que él había conocido en la prensa parisina, ya que la información entregada por los folletines era apreciada tanto por escritores como por lectores debido al tono cercano, amigable y reflexivo de los textos, los cuales tomaban temas noticiosos y contingentes para desarrollarlos con detalle, incorporando datos anecdóticos que, en la noticia, no aparecían. Además, de esta sección destaca que los autores rotaban, y su participación dependía del grado de especialización o familiaridad con el asunto a tratar. Juan Poblete (2003) explica que:

Folletín, crónica, comentario de modas, crítica cultural, cartas, es decir las formas textuales que constituyen el universo semántico de la revista y del periódico serán, entonces, lugares de mediación cultural entre los ahora diversos públicos, variados géneros (sexuales y discursivos) y múltiples textos y temas que constituían la cultura nacional y urbana. (98)

*El Progreso* no fue el único diario que incluyó al folletín, ya que la demás prensa de la época, como *El Museo* (1853), *El Huasquino* (1856), entre otros, vieron en esta sección la posibilidad de ganar nuevos suscriptores y de manifestar sus propias inquietudes sobre los distintos asuntos de la vida social, política y cultural.

Los folletines, algunas veces firmados y otras tantas con el nombre del autor oculto tras el anonimato, se caracterizaron por construir una “escena discursiva” polémica, debido a que el contenido sobre el cual desarrollarían sus propuestas anunciaba la respuesta o desacuerdo a otra publicación. Este es el caso del folletín “Al Progreso. Esclavitud moderna”, publicado por *El Progreso*:

El artículo del *Progreso* y la *Gaceta del Comercio* en la refutación o modo de considerar el prefacio y traducción de Lammenais convienen en un punto: necesidad de reformar el estado actual de la clase mas numerosa de la sociedad. El punto en que discordamos con ellos, consiste en la marcha y medios que se deba emplear. Otros libros no empapados en el espíritu democrático, otros medios que parezcan no amenazar la quietud en que vivimos, otros medios lentos de instrucción y moralizacion: he aquí los que proponen los dos artículos que tenemos el honor de contestar.

Antes de entrar a la cuestion avanzaremos lo siguiente: Los artículos no tocan el fondo de la cuestión, escaramusan sobre ella – Vamos a probarlo.

Queréis libros de utilidad práctica, libros no especulativos, libros de conocimientos útiles, libros pacíficos que traigan un precepto de moral, un consejo, un descubrimiento, un aprendizaje en la industria etc. Pues bien, ¿qué pretendéis con ellos? Nosotros no los deseamos, pero lo repetimos, no asaltáis la cuestion y confundís el consecuente con el antecedente de la libertad política. Son cuando mas vuestros libros, comprendedlo bien, una gota de agua taladrando el mármol. Pero mientras tanto que la degradación se aumente, que la esclavitud subsista, que el rico se ría que el pobre padezca y el remedio venga cuando la desesperación de fuerzas, cuando el volcán reviente. Entonces si esa clase numerosa, si esa plebe, se venga, decís con tono enfático y rabioso; la democracia es el desorden; la aristocracia, el despotismo son necesarios. Entonces os llegó también la vez de declamar, pero declamareis en vano: vuestras voces las apagará el mugido popular. Entonces os preguntaremos de

vuestros libros que no previeron, de vuestros medios que no curaron, de vuestras capacidades, que no se pusieron al servicio del género humano, al no ponerse al servicio de la democracia. Entonces os preguntaremos de todo lo que habéis dicho incompletamente. Pero basta de suposiciones. Examinaremos el fondo de la cuestión. (23 de junio, 1843, p. 3)

Este folletín firmado por Francisco Bilbao no es un comentario, porque recurre a fuentes bibliográficas y argumenta en torno a los modos de ser modernos; ni tampoco es un ensayo, porque si bien plantea una tesis argumentativa (“Los artículos no tocan el fondo de la cuestión, escaramusan sobre ella – Vamos a probarlo”), el tema que está abordando es actual y responde a una necesidad inmediata, sumado al sentido de réplica o contestación que tiene. Sin embargo, la “escenografía”<sup>4</sup> que aquí se construye es “tramposa”, pues el sujeto que enuncia no busca solo responder a dos periódicos, sino que exponer su idea particular sobre el surgimiento de las capas medias y el sitio que éstas deben ocupar en la sociedad, según es posible consignar en la parte final de este folletín:

Hay un error lamentable. Se confunde las masas con la democracia; toda tentativa de las masas, con toda tentativa de la democracia. La democracia no existe en las masas, en cuerpo, sino en el derecho de todos, no en lo que quiere un todo sino en lo ideal, en lo justo social, en la igualdad y libertad en todos, en la armonía del individuo y de la sociedad. Entonces cuando se nos dice, de los déspotas que levanta la democracia, se comete el error de confundir la tentativa, la empresa de lo que quiere un cuerpo, con lo que tiene derecho. Distinción que nos lleva el pecho de gozo, porque nos manifiesta en toda su pureza la cumbre que trepamos, libre de las nieblas que se han querido arrojar por ocultarle. (23 de junio, 1843, p. 3)

La puesta en escena de este sujeto de la enunciación es comprometida y cuestionadora, por lo cual, pasa de ser, como lo propuso Sarmiento en sus bases para el folletín, un texto inocente o, al decir del argentino, un “postre”. En esta misma línea está el folletín de *La Actualidad* (1858), titulado “La situación política según el «ferrocarril» I”:

*El Ferrocarril* ha disparado su segundo tiro, que no ha sido mas feliz que el primero. Era muy natural que el diario que no ha encontrado ninguna aspiración al progreso y si solo un espíritu ultra-conservador en el propósito de que las leyes y la justicia recobren su imperio, los derechos de los ciudadanos el respeto que se merecen, y la administración de la cosa pública su moralidad y pureza, era muy natural, decimos, que el diario que semejante juicio ha emitido sobre el programa de la oposición, continuase empeñándose en colorear este programa con los tintes odiosos que sugiere el encono y la desesperación.

En el número 6 del corriente veremos usar ya el sofisma, ya la calumnia para agitar en el pueblo el odio contra la oposición, a cuyo elemento conservador procura velar ignominiosamente.

<sup>4</sup> De acuerdo con Mainguenu (2009), la “escenografía” “tiene por objeto hacer pasar el marco escénico al segundo plano [...] [el lector] se ve tomad[o] en una suerte de trampa” (79) porque recibe el texto con una “X” expectativa, para luego ser transformada conforme al real propósito que busca el enunciado.

Creíamos haber alcanzado el grado de ilustración suficiente para evitarnos el doloroso espectáculo que en épocas de revueltas ha solido presentar una brutal demagogia. Hablamos de ese odio atroz a los hombres ricos, a quienes se designa como monopolistas y explotadores del pueblo, sin tomarse el trabajo, de procesar su fortuna para ver si es resultado de una vida llena de laboriosidad y de virtud, o el fruto de espoliaciones y rapiñas. (9 de marzo, 1858, p.2)

Ambos folletines instalan la idea de crisis, la cual se resalta aún más con la profundidad y alto compromiso de los sujetos enunciadores, quienes se asumen como personajes históricos que defienden una postura individual y, al mismo tiempo, una memoria colectiva.

Otro caso interesante de analizar respecto de la disociación entre la “escena englobante”, la “escena del género” y la “escena construida”, es el folletín de *El Museo* (1854), titulado “Revista semanal. Bibliografía”, firmado por Diego Barros Arana:

El señor Sarmiento en su Memoria se propone investigar cual es la situacion actual de las Repúblicas sur americanas. El problema de que se ocupa, manifiesta la importancia de la obra y el nombre del autor por si solo cual será su mérito. Vamos a dedicar algunas líneas a este trabajo que merece ser conocido y apreciado por todos los que se interesan en la organizacion de esos bellos países que hasta ahora pugnan por constituirse sin lograrlo [...] La España ha sido para sus colonias lo que esas madres enfermas de tísis o del pecho que transmiten a los hijos sus propias dolencias con la vida. Ha legado a sus descendientes su postración y debilidad, y en el día las repúblicas sub-americanas se encuentran, como su metrópoli, sin industria, sin comercio, sin ciencias, sin artes, sin cultura. ¿Pero no habrá ningún remedio para esos males? ¿No se divisa algún término para esas desgracias? El señor Sarmiento cree que sí, y piensa que la América se encamina ya a ese fin. (11 de junio, 13,14)

Similar al caso anterior por esas discordancias “tramposas” entre los tipos de escenas, es el folletín del periódico *El Huasquino* (1856) titulado “Correspondencia. A las jóvenes y a las madres de familia”. Enmarcado el discurso folletinesco o pre cronístico como si se tratara de una misiva, comienza así:

Señor Redactor:

Os saludamos cordialmente, y dirijimos al cielo nuestros votos, a fin de que llenéis con dignidad el noble cargo que os habeis impuesto; a fin de que ilustréis al pueblo sobre sus piadosos destinos, sobre los sagrados deberes que la naturaleza y la sociedad le han confiado. Su reconocimiento afectuoso, sus unánimes bendiciones vendrán a embellecer vuestra carrera, y os ofrezcan la mas dulces de las recompensas: el haber acelerado la marca de un pueblo en el camino de la civilización. (14 de abril, 1856, p. 1)

Luego de este excurso, se inicia el apartado titulado “A las jóvenes y madres de familia”, el cual, como ya se anunció, es sin lugar a dudas el folletín que con mayor claridad demuestra la especificidad de esta formación discursiva que, años después, dará paso a la crónica:

Es verdad que los viajeros se recrean en describir hermosos paisajes, campiñas amenas; fuentes cristalinas, y que se complacen en evocar esos recuerdos que dejan en la mente las escenas pintorescas de una naturaleza tranquila y risueña; pero también a veces refieren los peligros del desierto, los riesgos de las cavernas, las probabilidades de parecer que se pueden aumentar en las cumbres de las montañas o entre pedregosos despeñaderos. Así también en la gran relación de los acontecimientos que han llenado el mundo, el historiador presenta cuadros admirables de virtud y heroísmos, como modestos para todas las generaciones, y tiene que señalar los escollos que es preciso evitar! (14 de abril, 1856, p. 1)

El sujeto de la enunciación se posiciona como un observador que desde su curiosidad y deseo por hacer visible lo no visto anteriormente, va a dar cuenta sobre un asunto que es tan importante como novedoso. Así continúa este texto:

Casi siempre muchas de nuestras desgracias provienen de nuestros propios defectos, defectos que no conocemos, y que no corrigió o bien fomentó la educación. A las mujeres generalmente se les hace creer desde niñas, que sus cualidades físicas, cuya ventaja es puramente casual, tienen un gran valor; se les envanece con su belleza y con todas sus gracias personales, y se las persuade de que han nacido para oír palabras lisonjeras, para cautivar mil corazones si ser el objeto de un culto frío y afectado, que sin embargo las alhaga por el lado de la vanidad. Desarrollado este vicio en el corazón de la mujer, le prepara mil desengaños, y acaso desgracias para toda su vida. La priva, además, de sus buenas cualidades; ya no hay en ella ideas exactas de lo útil, ni de lo conveniente; y no hay sentimientos generosos; ni nobles pasiones; todo queda ahogado por la vanidad. Se hacen incapaces de sentir los placeres de la amistad, por que a cada paso temen mirar ofendido su orgullo [...] (14 de abril, 1856, p. 2)

El folletín se asume con el rol y la posibilidad de “estar al día” o, al decir de Víctor Goldgel (2013), de hacerse cargo de “lo nuevo”, lo cual posibilitaría, a mediano plazo, formar parte de la opinión pública. Ciertamente, “el periódico hispanoamericano constituyó un nuevo medio en la medida en que fue percibido como moderno, esto es, en tanto empezó a verse asociado a una retórica que privilegiaba la ruptura con el pasado por sobre la continuidad (Goldgel 49).

Con un tema similar al tratado por *El Huasquino*, *El Progreso* publicó “Lectura instructiva. De la infancia de la educación actual de las mujeres”, firmado por Aimé Martin. En su conclusión se lee lo siguiente:

Es verdad que se procura atemperar sus excesos por algunas prácticas religiosas; pero esta enseñanza siempre un poco monástica, no es sino un tropiezo más en nuestra educación. No dais a esta niña sino hábitos mundanos, un maestro de canto, un maestro de baile al mismo tiempo que le prohibéis el baile y las reuniones brillantes: de un lado el desprecio del mundo y de otro lecciones para encantar, le adornáis su memoria de todas las primeras obras de la escena, y le cerráis los espectáculos, diciéndole que los cómicos están condenados; les ponderáis la vida de las solteras, y les ordenáis que se casen. (21 de febrero, 1843, p. 3)

El folletín “El lujo y la moda” de Rosario Orrego publicado en *La Brisa de Chile*, tensiona aún más los lugares dados para las mujeres en el XIX, desde la autora que lo firma hasta el tema que trata:

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno y que si no se le pone remedio pronto, mui pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos mas sagrados? Tal vez a primera vista parecerán exageradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicados con relijiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia y autorizado para decir a los escritores en general y en particular aquellos que es escriben para el teatro: -Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra inteligencia y todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un giro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura de brillar por el lujo, origen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar y por consiguiente para la sociedad.

¡Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos y hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado y de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aun pueden las mujeres alegar la natural inclinación de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gustan tanto mas cuanto menos lujosamente ataviadas se presenten. (2 de enero, 1876, p. 1)

El texto es coherente con la obra narrativa de la misma autora debido a la temática que aborda, sin embargo, aquí expone todo aquello que en sus novelas<sup>5</sup> queda en lo alegórico y lo costumbrista, dando pie, en este folletín, al discurso que subraya la experiencia y vinculación subjetiva de la firmante, lo viene a resaltar la experiencia de la propia enunciadora, quien explicita el origen de los vicios de la sociedad, asunto que va a contrapelo de las costumbres de la clase burguesa y de la sociedad misma.

#### 4. Conclusiones

A través de este trabajo se ha pretendido demostrar que la crónica finisecular o modernista es producto del camino textual que el material escritural no novelesco de la sección folletín de la prensa en Chile del siglo XIX le allanó, puntualmente en los casos analizados conforme al dispositivo “advenimiento del intelectual” que en este trabajo se distinguió. Para ello, se recurrió a una estrategia metodológica que permitió justificar la selección del corpus y, a su vez, dar cuenta de las “rejillas

---

<sup>5</sup> Entre sus novelas se cuentan: *Alberto el jugador*, *Teresa* y *Los busca vidas*.

de especificación”, es decir, de las distintas maneras con que la prensa y, por consiguiente el folletín, complejizó distintos asuntos que configuraron el proceso de la modernidad y modernización en Chile, como la educación de la mujer o el surgimiento y posterior afirmación de las capas medias.

Respecto del estilo de los folletines, sin dudas que el dato más valioso alcanzado con el análisis fue objetivar las “trampas” entre la “escena englobante”, la “escena del género” y la “escena construida”, debido a que allí radica el sentido de crisis, la caída de las instituciones (como la Iglesia frente al campante inicio de la laicización del país; la pugna entre Liberales y Conservadores; el cuestionamiento a los sistemas de enseñanza tradicionales, entre otros), la búsqueda por reorganizar la nación post colonia. En definitiva, esas “trampas” muestran a estos sujetos en fuga, que si bien aun no son los “paseantes” que primarán en la crónica modernista, los que acá se constató fue a sujetos curiosos que miraban desde el dintel de su puerta lo que acontecía en ese afuera que les era cada vez más propio.

Finalmente, cabe concluir que en estos folletines, a diferencia de los materiales aglutinados bajo las secciones de “crónica” durante el siglo XIX, surgieron las tensiones entre el contexto y la construcción estética-descriptiva, la centralidad de los sujetos enunciadore, y la problematización de lo nuevo y lo cotidiano, asuntos todos ellos susceptibles de continuar investigando en períodos de publicación más amplios.

## 5. Referencias bibliográficas

### 5.1. Fuentes primarias

- “Al progreso. Esclavitud moderna”. *El Progreso*. Nº 187. 24 de junio de 1843, p. 3.
- “Lectura instructiva. De la infancia de la educación actual de las mujeres”. *El Progreso*. Nº 87. 21 de febrero de 1843, p. 3.
- “Revista semanal. Bibliografía”. *El Museo*. Nº 1. 11 de junio de 1854, pp. 13,14,15.
- “Correspondencia. A las jóvenes i a las madres de familia”. *El Huasquino*. Nº 14. 14 de abril 1856, pp. 1,2.
- “La situación política según el «ferrocarril» I”. *La Actualidad*. Nº 32. 9 de marzo 1858, p. 2.
- “El lujo y la moda”. *La Brisa de Chile*. Nº 2. 2 de enero 1876, p. 9.

### 5.2. Bibliografía crítica

- Alvarado, Marina (2018): “La sección folletín de la prensa chilena desde 1842 a 1900”. *Revista Anales de Literatura Chilena*. En prensa. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Benavides, Jeovanny Moisés (2015): “Origen, evolución y auge del periodismo literario latinoamericano: desde las crónicas de indias y el modernismo hasta las revistas especializadas”. *Question*, 1, 36-44.
- Bengoa, José (2018): *La comunidad perdida: Identidad y cultura: desafíos de la modernización en Chile*. Santiago de Chile, Editorial Catalonia.



- Charle, Christophe (2000): *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid, Siglo XXI.
- Dosse, François (2007): *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia, Universidad de Valencia.
- Foucault, Michel (2007): *La arqueología del saber*. México D.F., Siglo XXI.
- Goldgel, Víctor (2013): *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- González, Aníbal (1983): *La Crónica Modernista Hispanoamericana*. Madrid, José Porrúa Turanzas.
- Larraín, Jorge (1997): “La trayectoria latinoamericana a la modernidad”. *Estudios Públicos*, 66, 313- 333.
- Mainguenu, Dominique (2009): *Análisis de textos de comunicación*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Mateo, Ángeles (2009): “Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (del siglo XIX al XXI)”. *Revista Chilena de Literatura*. 51, 13- 39. Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Ossandón, Carlos (1998): *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas. Prensa y espacio público en Chile*. Santiago de Chile, Lom.
- Pas, Hernán (2012): “¿El ‘salto’ de la modernidad? Notas sobre literatura, mercado y modernización en el siglo XIX”. *Varia Historia*, 28, 301- 318. Belo Horizonte.
- Paz, Octavio (1990): *Los hijos del limo. Del Romanticismo a la Vanguardia*. Barcelona, Biblioteca de Bolsillo.
- Peralta, Gonzalo (2016): “Prólogo”. En Peralta, Gonzalo (editor). *Antología de la crónica periodística chilena*, tomo I. Santiago de Chile, Hueders.
- Poblete Alday, Patricia (2014): “La crónica periodístico-literaria contemporánea en Chile”. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 20 (2), 1165-1176. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense.
- Poblete, Juan (2003): *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- Ramos, Julio (2003): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- Santa Cruz, Eduardo (2017): “Prólogo”. En Peralta, Gonzalo (editor). *Antología de la crónica periodística chilena*, tomo II. Santiago de Chile, Hueders
- Valdebenito, Alfonso (1956): *Historia del periodismo chileno (1812-1955)*. Santiago de Chile, Imprenta no señalada.
- Villoro, Juan (2006): “La crónica: ornitorrinco de la prosa”. *La Nación*. En <https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa> [Revisado: 9-10-2018]
- Rama, Ángel (1994): *Las máscaras democráticas del Modernismo*. Montevideo, Arca.
- Reguillo, Rossana (2007): “Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie”, en Falbo, Graciela (editora): *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen, 41- 50.
- Rotker, Susana (2005): *La invención de la crónica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Santa Cruz, Eduardo (2011): “Prensa y modernización en América Latina y Chile en la segunda mitad del siglo XIX: la crónica y los cronistas”. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 17 (2), 647- 660. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense.

Santa Cruz, Eduardo (2010): *La prensa chilena en el siglo XIX. Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

---

Marina Alvarado Cornejo es Doctora en Literatura. Académica titular de la carrera de Pedagogía en Educación en Castellano de la Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.